
suplicando ternura a los gatos
jabier h. pizarroso

suplicando ternura a los gatos
jabier h. pizarroso

PRIMERA EDICIÓN SETIEMBRE DE 2005
© J A B I E R H . P I Z A R R O S O
Diseño, Maqueta y Producción editorial: mono azul
La fotografía de la cubierta no hubiera sido posible
sin la amable colaboración de Ignacio Carrizosa
© de la edición para todo el mundo,
MONO AZUL EDITORA
Arfe 34 · 2ºB · 41001 · SEVILLA
w w w . m o n o a z u l e d i t o r a . c o m

ISBN: 84-934276-9-1
Depósito Legal: M 33832-2005
Imprime: Eurocolor, Rivas Vaciamadrid (Madrid)
Producción gráfica: Procograf
printed in spain—impreso en españa

Queda prohibida la reproducción total o
parcial de la obra por cualquier medio sin la
autorización y el permiso escrito de la editorial.

para Ana, para Maribel, para Francisco

*“Por un momento tuve la ridícula impresión
de que estaban allí para juzgarme.”*

el extranjero, albert camus

los cuentos

se fabrican bebés	13
vasos	25
los cabellos de la piedad	37
ascensor	51
las antenas de la cucaracha	65
mila y el camión de la basura	75
se deslizan mis pies	89
velódromo	99
pan tostado	111
el renault 5 en el que viajamos	117
este traje pertenece a supermán	127

se deslizan mis pies

Se cruzó como pudo los esquíes sobre el pecho y esperó a que el telesilla llegara a su altura. Se dejó caer encima y notó un fuerte empujón. La silla se balanceó y empezó a subir. Del otro lado descendían con regularidad, como péndulos, sillas vacías. La nieve lenta y helada sobre su rostro. Los copos caían con docilidad y ternura. Tenía los guantes mojados. Las manos ateridas de frío. Apretaba los esquíes sobre su pecho, y dejaba de sentir las manos. Una de las sillas del otro lado cruzó lentamente. En ella, un hombre sentado y echado sobre el respaldo, totalmente cubierto por un gorro azul, y unas grandes gafas de espejo. Estaba inmóvil. Siguieron bajando sillas con una o dos personas. Algunas ocupadas. Otras vacías. Detrás de aquel movimiento regular existía una ley desconocida, un ritmo que significaba amor, que quería decir vida. Una silueta so-

litaria, una telesilla vacía, dos siluetas, otra telesilla vacía. Todas aquellas personas se mantenían en la misma postura petrificada. Parecía un desfile de muertos suspendido en el aire. Los muertos que bajaban de la cima de la montaña en cada uno de los canjilones del telesilla. Ahora comenzaba a pronunciarse una fuerte subida. El telesilla en el que iba se inclinó hacia delante. Estaba totalmente echado sobre el respaldo. Bajo sus pies un perro, dos esquiadores, tejados, casas emborronadas entre nieve y silencio. Un coche enfilaba una curva con lentura. Había que apreciarlo muy bien para comprobar que de verdad se estaba moviendo. Observó cómo los neumáticos escarchaban secos pedazos de nieve a medida que giraban. El coche se ocultó tras sus botas de plástico. Llegó al punto más alto y se preparó para saltar a un lado. Cuando sus pies tocaron tierra firme se giró sobre sus botas y miró hacia abajo. Los rieles del telesilla dibujaban cuatro grandes líneas negras que se tensaban sobre el conjunto de casas construidas sobre la montaña. Levantó un brazo y con los dedos intentó tocar las grandes sábanas de nieve sobre las que se deslizaban pequeños puntos negros que hacían esos invisibles sobre inmensas capas blancas. Salió del cobertizo y cogió un camino que llevaba a una de las últimas casas.

Su padre estaría esperándole. Sentado frente a la estufa; secándose los pies con una toalla, fumando un cigarrillo, los ojos clavados en los cristales empañados por el vaho caliente de la estancia, la mirada lánguida y miserable, la boca entreabierta, a medio camino entre una sonrisa y un jadeo.

Había decidido quedarse a esquiar en las pistas, aún a sabiendas del frío, de la ventisca que apenas dejaba divisar cuatro, cinco metros alrededor, aún a sabiendas de las razones que le habían llevado hasta allí junto a su padre. Salió a una carretera. La nieve gris, se deshacía en terrones pastosos. Llevaba los esquíes sobre uno de los hombros. Los bastones sujetos a una de sus manos. A ratos la punta de los bastones caía y arañaba el suelo. Siempre se le hacía eterna la subida. La última casa. La última de todas. Tomó una curva. La carretera tomaba el último recodo. Según avanzaba podía ver la casa. Sus dedos estirados podían acariciarla en el aire como la miniatura de una verdadera casa.

Tenía dieciséis años. Pocas veces había ido con su padre a algún sitio. Se sentó en un sofá y destrampó los grilletes de plástico que le sujetaban las botas. Tiró de ellas con fuerza y se quedó descalzo. Los calcetines se habían arrugado sobre sus tobillos y habían dejado un trozo de carne al contacto de la dureza de las botas. Tenía una herida babosa encima de un tobillo. Empezó a sentir dolor.

—Da..., date una ducha. Yo es lo que siempre hago después de esquiar —dijo su padre.

El muchacho miró a su padre. Se levantó y se acercó a una mesa pegada a la pared. Metió una mano en una bolsa arrugada de patatas fritas. Sacó unas migajas que se llevó a la boca.

—Hazme caso, hijo, dú..., dúchate.

—No me jodas más. Te he dicho que no tengo ganas.

Su padre se encontraba de espaldas a él. Estaba sentado sobre la única cama que había en la estancia. Concentraba su mirada en los grandes ventanales a través de los que se podía ver la ladera de la montaña.

—Si quieres, puedes llamar a tu, tu madre. Ha sonado el móvil. No lo he cogido. Como es tu..., tuyo ¿te lo regaló tu..., tu madre?

—¿Hace mucho que ha llamado? —dijo el muchacho.

—No te lo puedo asegurar. No lo sé, hijo.

El muchacho se acercó a una repisa y cogió el teléfono. Marcó un número y esperó hasta que oyó la voz tenue de su madre. Habló unos minutos con ella. Le dijo que estaba bien, que no se preocupara. Le dijo que todavía podía esquiar, que no se le había olvidado. Su madre trató de ayudar: eso es como andar en bicicleta. Luego se quedó callada. Su madre intentó remarcar el consejo: Las cosas que uno aprende de niño nunca se olvidan. El muchacho se agarró al *nunca* pronunciado por su madre y sintió como sus pies se deslizaban sobre los esquíes en una de las pistas. El *nunca* siempre es resbaladizo.

Colgó el teléfono.

—He bajado a buscarte —dijo el padre—. Creo que nos hemos cru..., cruzado en el telesilla.

—No te he visto.

—Nada más cru..., cruzarme contigo, me he bajado del te..., te..., telesilla y he salido a la carretera. Ha pasado un coche y me ha subido hasta aquí.

—Podías haberme hecho una seña. Algo —dijo el muchacho, y entró en el baño.

Empezó a desnudarse. Se metió en la ducha y abrió el grifo del agua caliente. Oyó girar la puerta del servicio. Los pasos de su padre repiquetearon sobre las baldosas. Su padre estaba a escasa distancia de él. Les separaba la cortina plástica de la ducha. El muchacho apagó el grifo y empezó a enjabonarse el cuerpo.

—¿Qué qui..., quieres que haga? —dijo el padre.

De vez en cuando caía un pegotón de espuma sobre la porcelana sonora de la bañera.

—Creí que te agradaba venir conmigo. Todavía nos que..., quedan unos días. Pero, si quieres, podemos volver. Te..., te..., te dejo en Granada. Coges un tren y en cuatro horas estás con tu madre.

Recordó lo mucho que tartamudeaba su padre hace un año, cuando todavía estaba con su madre. Hacía tiempo que no le escuchaba tartamudear tanto. Un médico le curó el tartamudeo, pero parece que no del todo. Aparentemente todo volvía a ser como antes.

Volvieron a oírse los pasos. Las bisagras de la puerta se quejaron.

La noche no había conseguido oscurecer totalmente la nieve. Varias pistas estaban iluminadas por triángulos de luz. El padre y el muchacho acabaron de cenar. El padre había preparado un poco de pasta con tomate. Ahora pelaba una naranja en silencio. El muchacho le observó.

—Creo que va a ser lo mejor —dijo el muchacho.

—¿A qué te refi..., fieres? —preguntó el padre.

—No tenía que haber venido. Mañana temprano me bajas a Granada y cojo el tren.

El muchacho se levantó y agarró un cigarrillo. Lo mantuvo sobre su boca durante varios minutos. Hacía pocos meses que había aprendido a fumar. Aquel cigarrillo sin encender en los labios, su padre sentado. Todo era algo más de lo que realmente era.

—¿Y qué opinas tú..., tú de todo lo que ha pasado? —preguntó el padre. Su voz era ronca, desasosegada, estéril.

—Tú eres mi padre —dijo el chico.

—Eso no va a cambiar —dijo el padre.

—Temo que no.

El muchacho divisó un pequeño mechero encima de una camisa arrugada. Se acercó hasta allí y lo cogió. Encendió el mechero y ahuecó sus dos manos para impedir que la débil llama se apagara. Le dio una profunda calada al cigarrillo. Volvió a mirar a su padre.

—Lo has dejado muy claro —dijo el padre. Lo has dejado clarísimo, hijo. No espe..., peraba eso de ti.

Ahora era el muchacho el que estaba mirando a través de las cristaleras. Si movía levemente el rostro hacia su derecha todavía podía ver a su padre. Pensó en abrir la palma de su mano y con los dedos capturar en el aire la figura de su padre sentado. Era tan pequeño que dos dedos podían agarrarlo.

—Ya no eres un crío. Sabes lo que haces. Si tuvieras diez años menos la cosa sería muy distinta. Con la edad que tienes, me temo que no puedo decirte nada. Creo que no tengo derecho, ¿no es así? Espero que no me hagas sentir culpable.

El muchacho no contestó. Giró levemente el rostro y volvió a pensar en lo fácil que era haber abierto la palma de la mano para coger a su padre entre dos dedos.

El padre cogió la naranja pelada y la acarició. Miró directamente a su hijo. Sus ojos estaban turbios. Ya no había tristeza en ellos. La calma que vital sucede a la tristeza se posó y aleteó en su mirada.

—¿Te acuerdas? —dijo el padre—. Yo fui el que te enseñó a esquiar.

El padre rememoraba un episodio de su niñez.

—Tu madre nunca ha te..., te..., tenido paciencia para esas cosas. Aprend..., aprendiste muy pronto. Si no llega a ser por el accidente. Tu madre si..., si..., siempre me echó la culpa. Esa cicatriz en tu rodilla pro..., provocó muchas discusiones entre los dos. Estuviste un buen tiempo en el Hospi..., pital. Me sentía culpable por..., por..., por haberte enseñado. Pero nunca me lo re..., reprochaste. Te recuperaste y lo..., lo... —tragó saliva— lo primero que me dijiste cuando pudiste andar con tu pierna recuperada ya, fue maravilloso. Todavía puedo ver..., verte. Eras demasiado pequeño y sabías, sabías per..., perfectamente lo que querías. Me dijiste que querías volver a esquiar conmigo. Que estabas deseando volver a coger los esquís y lanzar..., lanzarte montaña abajo. ¿Te acuerdas?

El muchacho se giró con brutalidad hacia su padre.

—No me acuerdo, papá.

El muchacho sabía lo que estaba haciendo. Era un acto consciente.

—No me..., me digas eso —dijo el padre.

—No me acuerdo, papá. No me jodas más. Te he dicho que no me acuerdo.

El padre se acercó hasta donde él se encontraba. Le agarró de los pantalones. Intentó desabrocharle el botón. El muchacho se enfrentó a él. Lucharon durante unos minutos, pero el padre, muy superior, consiguió tumbarle en la cama y le arrancó los pantalones. Con una mano lo había inmovilizado y con la otra le buscaba la cicatriz en la rodilla. Había perdido el juicio. Sus dedos escarbaban como insectos la piel de la rodilla de su hijo. La piel no presentaba ninguna falla, no había herida, ningún rasguño. El lugar donde debía haber estado la cicatriz, estaba liso. El padre le soltó y se levantó. El muchacho, un tanto avergonzado, volvió a abrocharse los pantalones. Pasó al lado de su padre y le dijo:

—Mamá tiene razón. Sueñas, papá. Te inventas tu solito las historias. Estás fatal.

Cruzó la estancia y salió de la casa. Cerró la puerta. Atravesó el solitario pasillo enmoquetado, lleno de puertas iguales. Muchas de ellas sin número. Si no llega a ser por la pegatina de una tienda de ropa de esquiar que colocó su padre en la puerta del apartamento, no podría distinguirla cuando volviera a entrar. Salió a la calle. El frío era aterrador. Había dejado de nevar. Bajó unas escaleras y miró hacia las ventanas de los distintos apartamentos. Reconoció la silueta de su padre en una de ellas. Se agachó y cogió un poco de nieve. La apelmazó con fuerza entre sus dos manos hasta conseguir una bola perfecta y dura. Estiró el brazo, dio un paso hacia atrás y lanzó la bola con todas sus fuerzas

contra la ventana. La bola se estrelló contra el cristal y se deshizo. Pero su padre siguió allí. El muchacho cogió más nieve. Hizo otra bola y volvió a lanzarla. Esta no llegó a su destino. Se hundió entre la nieve que tapaba el alféizar de la ventana. Podía seguir tirando bolas y su padre seguiría allí. Nada podría moverle de aquel lugar. Como lo sabía, el muchacho volvió a agacharse y cuando escarbaba con sus manos heladas entre la nieve, notó la dureza de una piedra en el fondo y decidió cogerla.

